LA sociedad espira moralmente, no obstante la vigorosidad que manifiesta en su adelanto material. Su empeño por el progreso, es un paroxismo que le arranca las últimas fuerzas de su moribunda existencia; porque la lucha por la vida con que la ha fascinado la filosofía moderna, ha destruido sus más santas tradiciones, que constituyen el verdadero y único elemento de su vitalidad. Este fenómeno sociológico que se verifica con asombro del mundo, á pesar de los elementos de grandeza y de vida con que cuenta nuestro siglo, se debe á que se ha querido arrancar á la sociedad la idea íntima de su vida y perfeccionamiento, obscureciendo su origen, desviándola de su camino de perfección y alejándola de su fin, pues se le ha querido crear sin Dios, hacer vivir sin moral y limitar sus esfuerzos á los mesquinos intereses de esta vida. Así se le quita su principal elemento de vida que es el amor, al que sustituye el egoísmo que la destruye y el deseo de placer que la enerva y aniquila.

Quitad el origen divino de la sociedad y no será el amor mútuo el que une los hombres en ella, para realizar en el orden universal los designios eternos; sino el azar de circunstancias que los pone en colisión constante de intereses y en defensa incesante contra mayores energías. Sin la moral, no es el amor al orden, emanado de la ley eterna, el generador de los derechos y deberes sociales, sino el interés, los placeres y las pasiones los que engendran y limitan esas relaciones. De esta manera, el desconocimiento de la autoridad, la negación de la justicia y la apoteósis del placer, han sido el fruto de ese derecho sin Dios que, en este siglo, ha colocado á la impiedad en el solio del juicio y á la iniquidad en el templo sagrado de la justicia.

Dad á la sociedad amor y le habreis dado vida.

Haced que conozca y ame á su Divino Autor y en vez de la caprichosa teoría racionalista tendréis la teoría cristiana, racional y vivificadora que poniendo en Dios el origen de

todo orden, de todo poder y de todo derecho los hace inviolables y sagrados. Dad á la sociedad el amor cristiano que estrecha sus miembros en la caridad, y habreis dado al respeto al derecho ageno un carácter inviolable y Divino. Haced que la sociedad conozca y ame su alto destino y entonces su acción vigorizada con poderosas energías conducirá á sus miembros, por el orden moral, á la consecución de la felicidad eterna. En fin, dad á la sociedad amor, pero amor cristiano, y habréis dado muerte al anarquismo, al socialismo y al comunismo que minan el estado y la familia, y al soberbio positivismo que demuele el santuario de la conciencia y rompe el vínculo sagrado de la ley moral.

El amor cristiano es pues, el único restaurador de la sociedad, y el Corazón de Jesús el único que puede darnos ese amor. Por eso la sociedad espera su salvación del Corazón Divino de Jesús, fuente perene de amor, que une á los hombres con el estrecho vínculo de caridad y forma la gran familia cristiana, cuyo padre es Jesucristo; la gran sociedad regida por la ley de amor, y cuya autoridad es el Hijo de Dios, á quien se ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, y de quien emana todo poder; que forma de todos los cristianos un solo cuerpo místico, cuyos miembros respetando entre sí los límites de sus respectivas funciones, encaminan su acción al fin común querido por Jesucristo, su mística cabeza, animados por un mismo principio de vida, la caridad que nace de su Corazón Divino y se difunde en todo ese organismo dándole vida y acción, así como del corazón del hombre se difunde en todo el organismo corpóreo la sangre que le da movimiento y vida.

¡Oh Corazón Divino! A tí, que, al tocar su ocaso este siglo para perderse en la noche del pasado, apareces en el cielo de nuestros destinos, como la brillante luz de nuestra esperanza, á tí dirijimos nuestras miradas pidiendo salvación y vida.

Junio 22 de 1900.

Antonio de J. López,

Catedrático de Derecho Eclesiástico y Civil.

El Seminario Conciliar de León se ha asociado á la solemnísima manifestación de gratitud que el mundo católico justamente tributa, con motivo de la conclusión del siglo decimo nono, al Sacratísimo Corazón de Jesús, para quién los honores, alabanzas y votos de gracias que con gran fervor se le rinden todos los días son inmensamente menores de lo que El se merece. Como miembros de aquel Cuerpo los Estudiantes de Santa Escritura con su catedrático gustosísimos toman parte en tan santo homenaje, nobilísimo arranque de corazones agradecidos, y quieren vivamente que esta pública demostración sirva también de reparación cumplida de los ultrajes públicos y privados que ha recibido la Augustísima Persona de su Salvador y Rey.

22 de Junio de 1900.

Alberto Fernández,

Catedrático de Sta. Escritura.

Signum cui contradicetur.

No quiso el mundo recibir á Jesucristo como Rey inmortal de los siglos, y teniéndole por rey de burlas, le despreció; mas no porque apartase de El sus ojos como de objeto que no tiene importancia; por el contrario le miró fijamente, pero con un odio profundo, irresistible, interminable. Parece que Jesús no importa al mundo, y desde el día en que nació el Divino Niño de Belén, el mundo perdió para siempre su infernal tranquilidad, como se había turbado Herodes al tener noticia del nacimiento del Rey de los Judios; desde entonces no hubo ya cosa alguna que más le preocupase que la sacratísima persona del Salvador, y en su terrible inquietud exclama: *Quis est hic?* ¿Quién es éste?

Condénale de una manera insolente y magistral, y sin embargo, nada desea más que conocerle; no le encuentra á la luz de su pervertido criterio empleado siempre sin éxito alguno, y subiendo de punto su angustia, con la audacia más sacrílega interpela al Divino Nazareno como le había interrogado el Presidente Romano: *Ergo Rex es tu?* ¿Eres tú Rey?

Mira que una gran porción de la humánidad ha hecho á Jesús centro de sus afectos, y esto aun más estimula su encono, y como si se reprendiera de no tener parte en los sentimientos de amor que ocupan á los seguidores de Cristo, loco ya de furor, grita en su desesperadora confusión: *¿Quis est hic?* ¿Quién es este?

A la verdad, el Poderoso vencedor de las tartáreas potestades, siendo un rey que por la amplitud y poderío de su dominio había de regir con vara de hierro á todas las gentes, y había de reinar eternamente en la casa de Jacob, sería verdaderamente el asombro de los siglos: *Signum.* Pero este Rey sin menoscabo de su grandeza, antes para mayor ostentación de su poder y de su gloria, encontraría una resistencia sin igual para el establecimiento de su reino.

Es un hecho incontestable que Jesucristo ha interesado más á la humanidad que ningún asunto, por capital que haya sido su importancia respecto de todo el género humano: más

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON.
BIBLIOTECA Valverde y Tellez

que ningún otro personaje, por más vasta que haya sido la esfera de su actividad. Jesucristo ha sido el asunto de todos los hombres, de todos los tiempos, de todos los lugares. Es el gran prodigio, *signum*. Es también innegable que en El como en ningún otro objeto, se ha concentrado el odio encarnizado del mundo, que le ha hecho el blanco de las más tenaces contradicciones. *Signum cui contradicetur.*

Luego El es el gran Rey prometido en la Ley y en los profetas, á cuya venida se conmovería el cielo y la tierra y todo cuanto hay en ellos. Luego El es el asombroso portento anunciado por el Espíritu Santo, como el centro de inauditas contradicciones. *Signum cui contradicetur.*

Enemigos de Jesús, vosotros sentís como lo sentimos todos, que su causa es causa común para todos los hombres, pero excogitais cuantos recursos os es dado para negarle; pues, *ecce Rex.* Este es el Rey; el gran milagro, objeto de vuestras contradicciones. *Signum cui contradicetur.* ¿Os sentís irresistiblemente movidos á perseguírle, y cualquiera que sea la diferencia de idea é intereses que os divida, solo os unís para hacer la guerra al Crucificado? pues vosotros mismos me enseñáis que este es el Rey, *ecce Rex:* el prodigio de las contradicciones: *Signum cui contradicetur.*

Dios y Señor mío, sacando por vuestra omnipotencia, bienes aun de los males, y empleando en la ejecución de vuestras obras los medios al parecer más inconducentes para confundir á la humana sabiduría ¿parecería extraño que utilizáseis el odio de vuestros enemigos para reinar por el amor? ¿Entrará en los planes de vuestra infinita sabiduría, consolidar vuestro reino, ahora mismo que el furor de los que os aborrecen parece hacerlo desaparecer de la tierra? *Domine, si in tempore hoc restitues regnum Israel?*

El Pontífice Sumo os hace ya la solemne entrega de vuestro reino.

¡Y es el desdichado siglo XIX el que tiene la felicidad de presenciarlo!

León, Junio 22 de 1900.

Secundino Briceño,
Catedrático de Física.

DIOS ES CARIDAD.

JOAN IV. 16.

¿QUÉ movió al Verbo Divino á venir al mundo? El amor. "De tal manera amó Dios al mundo que dió á su Hijo unigénito." "*Sic Deus dilexit mundum etc.* (Joan III. 16.)

¿A qué vino el Unigénito del Padre? A encender en nosotros el fuego del amor: "Fuego vine á poner en la tierra; Y qué quiero, sino que arda." (Luc XII. 49.)

¿Cuál es el don más preciado que hemos recibido de Dios? El amor divino: "La caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado." (Rom. V. 5.)

¿Qué precepto especial nos ha impuesto Jesucristo? El amor mutuo: "Este es mi mandamiento, que os améis los unos á los otros, como yo os amé." (Joan XV, 12.)

¿En qué radican todos los mandamientos divinos? En el amor: "Todo lo mandado por Dios tiene por base la caridad." (S. Gregorio.)

¿Cómo se cumple toda la ley? Teniendo amor: "La plenitud de la ley es el amor." (Rom. XIII. 10.)

¿Y ésta misma ley en qué se contiene? En el amor: "De estos dos mandamientos depende toda la ley, y los profetas.„

¿Y todas nuestras obras buenas deben estar informadas por la Caridad? Sin duda alguna: "El Salvador, de tal manera recomienda la caridad, como si no hubiera otra cosa que mandar, y con razón; porque sin ella no aprovechan los demás bienes" (S Agustín.)

¿Con qué convirtió Jesucristo al mundo? Con el amor.

¿Cómo se regeneraría el mundo actual? Sólo con el amor divino.

Y puesto que Dios quiere llevar á cabo esta magna em-

001116

presa, ¿de qué medio se ha valido? Del amor del Divino Corazón de Jesús.

¿Y ha alcanzado lo que desea? Hay millares de cristianos al rededor de este Deífico Corazón, que forman un nimbo de amor, y que han jurado no amar sino á él.

¿Y en qué momento supremo presenta Jesucristo al mundo su Divino Corazón? Cuando el mundo iba á precipitarse en el espantoso abismo de la indiferencia y la impiedad. En ese instante es cuando Jesucristo muestra su Divino Corazón al hombre y á la sociedad, á semejanza de un padre que después de haber agotado las expresiones cariñosas que caben en el lenguaje humano, y todos los recursos que encierra el amor paternal para contener al borde del precipicio á un hijo amado, llama de pronto al hijo ingrato, y descubriendo su pecho le dice: Mira, hé aquí mi corazón; si conoces otro que te ame con más sincero amor, corre, dale el tuyo y despedaza el de tu padre. [Gaume.]

León, Junio 22 de 1900.

Francisco Ordáz,

Catedrático de Matemáticas.

Al Rey inmortal de los siglos..

Honor y Gloria en los siglos de los siglos

I. ad. Thim. 1. 17.

En todas las cosas que integran el cuadro del mundo visible, obsérvase, como especial carácter de su constitución, un movimiento contínuo en cuya virtud las posteriores substituyen á las anteriores y llenan las primeras el desplazamiento realizado por las segundas.

No sólo: además de la sucesión constante de las cosas entre sí, cada sér de la naturaleza realiza en su propio seno, sin poder evitarlo nunca, ese movimiento del universo en la continuación de cambios y alteraciones que presenta. El hombre, por ejemplo, es niño primero, jóven después, varón á poco, y por último, anciano. Y esta sucesión de variaciones que presenta en sí el hombre, ofrécenla igualmente todas las cosas del universo.

Todo cambia, todo se muda en el seno de la naturaleza y en las cosas mismas. Y un siglo sucediendo á otro siglo es el oleaje silencioso y pujante á la vez del mar inmenso del tiempo, que así favorece, estimula y consuma el universal fenómeno de los cambios y variaciones contínuas de las cosas.....!

Allá, muy por encima de un cuadro de tanta variabilidad é inconstancia, mírase un punto fijo, un centro de inmutabilidad soberana que preside y da eternamente fé del incesante vaivén del universo. Ese punto es el Sér Divino, es el seno y el Corazón de Dios de donde salen y á donde vuelven las cosas y los siglos.....!

A Tí, Entidad soberana, vigía eterno de las cosas y de los siglos, al azotar en las playas de la vida la oleada diez y nueve del mar del tiempo en la era cristiana, tributa el Se-

minario Leonés el homenaje de honor, de adoración y de gloria que te adeuda en unión de todo el universo. ¡"Al Rey inmortal de los siglos....honor y gloria en los siglos de los siglos"!

Seminario de León, Junio 22 de 1900.

V. Olivares.

Catedrático de Filosofía.

EL Corazón de Jesús, el órgano más noble de su humanidad y que simboliza el amor, el atributo más hermoso de su divinidad, ha impedido que el género humano se precipite en el abismo, á donde se inclina por su propio peso. Pues antes de la venida de Ntro. Señor Jesucristo, todo era confusión y desorden, no encontrándose ningún hombre, aún en decir de los más afamados filósofos, que hiciera á sus semejantes de viciosos, virtuosos, y de buenos, mejores. Mas esto no es maravilla, pues ellos más decían que hacían; pero Jesucristo ha comenzado por ejecutar sus instrucciones, antes que explicarlas, haciéndose por consiguiente largamente camino en el ejemplo.

No es pues de admirar, que su ciencia tenga virtud tan nueva para el mundo, como la de hacer á los hombres justos, tanto más, cuanto que Isaías lo había profetizado ya, cerca de siete siglos antes: *In scientia sua justificavit ipse justus servus meus multos.* LIII XI.

Por esto es que, los jóvenes seminaristas, y en especial los alumnos de la clase de Mayores, estimulados por sus superiores, consagran al Corazón Deífico, estas líneas, en signo de su amor, y en reconocimiento por tan grandes beneficios recibidos y por los que esperan recibir en adelante.

León, Junio 22 de 1900.

Guillermo Alba,

Catedrático de Latinidad [Mayores].

LOS alumnos de la cátedra de Medianos, al terminar la décima nona centuria de la redención del mundo, unen sus homenajes á los que la Sta. Iglesia tributa al Verbo eterno del Padre que, descendiendo del cielo encarnó, nació, padeció y murió por nosotros: hacen públicos los testimonios de su veneración, de su amor y de su agradecimiento al Corazón Sacratísimo de nuestro Divino Redentor, centro del amor inmenso y eterno que lo hizo dar su vida por salvarnos; y desean vivamente que llegue cuanto antes el día en que reine como único Señor en los corazones de todos.

22 de Junio de 1900.

Miguel Sánchez,

Catedrático de Latinidad (Medianos)

COR IESU CARITATIS VICTIMAM,

VENITE ADOREMUS.

OH Corazón de mi Jesús Dulcísimo! ¡Oh fuente de amor y de ventura! Desde que, en las cumbres ensangrentadas del Calvario, fuiste impíamente herido por la dichosa lanza de cruel y vil soldado, el mundo, hasta entonces inculto y fatalmente convertido en un vasto campo plagado de errores y de crímenes, sintiéndose oportunamente fecundizado con las aguas que mezcladas con tu sangre preciosa brotaron á torrentes de ese mar inmenso de gracias y favores divinos, pronto llegó á ser un acabado y magestuoso templo, donde las ciencias y las artes, la industria y el trabajo ennoblecidos y desarrollados, al calor y sávia de los principios esencialmente civilizadores del cristianismo, ostentando en su alba frente los encantos celestiales de las virtudes cristianas, se dieran honrosa y noble cita, para consagrarte agradecidos sus alabanzas, adoraciones y sacrificios. Las creaciones todas de la inteligencia humana, creyéndose deudoras de su refinamiento y belleza característica de sus formas al fulgor de las enseñanzas divinas del Evangelio, te glorifican y te engrandecen humilladas en presencia de tus finezas.

Solamente los hombres, deslumbrados con los maravillosos adelantos de la materia, y aplicaciones asombrosas del vapor, de la electricidad y del magnetismo que, unidos en amoroso consorcio, coronan la tumba de diecinueve centurias, sin acordarse que todas las invenciones y mejores descubrimientos del ingenio humano son hechura de los resplandores de tu doctrina y poderoso influjo del espíritu del cristianismo que vivifica y anima todas las empresas y producciones